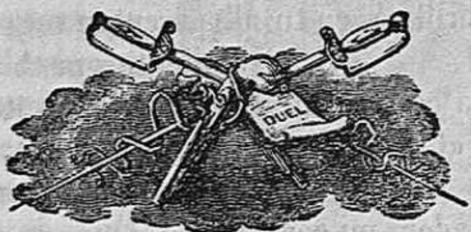


REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.



EL DESAFIO.

(CONCLUSION.)

El jóven como ya se habrá adivinado, era Adolfo Melville. Del brazo con Eduardo volvió á un pequeño cuarto de la calle de Lepelletier, donde habitaban hacia algunos dias Eugenia Derval y su padre. La mansion en Bades, desde la muerte de Cárlos, se habia hecho insufrible á Eugenia: el dolor iba destruyendo su débil complecsion, y su padre le habia ecsijido que se estableciera en Paris, con el objeto de que los placeres y distracciones de esta capital restablecieran su salud, y les hicieran olvidar sus penas.

Eugenia al escuchar los pasos de Adolfo, pálida como la muerte, exclamó en medio de sus lágrimas.

— ¿Qué habeis hecho?... ¡Dios mio!

— Mi deber.

— Justo cielo! ¿debo perderlo todo?

— Pensad solo en él, respondió Adolfo.

Eugenia levantó las manos, cubrió con ellas su rostro, y con una voz temblorosa:

— Bien sé, le dijo, que no puedo pensar mas que en vos.

— Silencio por Dios! exclamó Adolfo palideciendo, ¿queréis con esas palabras hacerme criminal y cobarde? ¿No véis que estoy loco que lloro, y que tiemblo?

Eugenia se tranquilizó: estrechó una mano de Adolfo entre las suyas, le lanzó una mirada significativa y sin emocion:

— Yo no os amo! le dijo.

— Oh! gracias, gracias, hermana mia, exclamó

Adolfo con un aire sombrío y partió con Eduardo. Este habia consentido ser padrino de Adolfo, como lo fué de Cárlos, porque su alma deseaba venganza y estaba resuelto á ofrecerse por última víctima al general si su amigo sucumbia.

El lugar del desafio, el recinto designado para el combate, la semejanza maravillosa del jóven, que tenia por contrario, con el que habia asesinado, todos estos pormenores que parecian efecto de la casualidad, habian causado una impresion extraordinaria en el ánimo del general. No estaba indiferente, no llevaba aquella firmeza que jamás le habia abandonado. La suerte lo designó para tirar el primero, y sintió desvanecerse en el momento su firmeza, y su valor. Apunta precipitado á su adversario, la mano le temblaba, silvó la bala y llevó solo algunos cabellos del jóven. El general D****, el duelista mas temible del mundo, se habia engañado por la vez primera. Adolfo habia visto el arma fatal dirigida á él y no habia hecho movimiento alguno; á su vez se dirigió á su contrario, hizo su puntería con una pausa cruel, y dando un agudo grito:

— A vos ahora caballero!... le dijo: Al quinto boton del lado izquierdo.

Se oyó un tiro, y la profecia se habia relizado: el general habia muerto en el lugar de sus crueles hazañas, el general D**** habia sufrido la pena del Talion, y ya no tenia mas victimas que inmolarse.

Despues Adolfo Melville y Eduardo Vernillier se retiraron á casa del señor Derval, y se les presentó á su vista Eugenia de hinojos delante de un crucifijo, mas pálida que nunca y abrasada en las lágrimas que corrian de sus hermosos ojos.

Adolfo se adelantó á ella, y le dijo:

— Ya está vengado mi hermano, Eugenia, ahora puedo leeros la carta, cuyo contenido os he ocultado siempre, y que me escribió el dia su muerte.

La jóven comprimiendo con sus manos el corazon: leed, le dijo.

La carta de Cárlos contenia pocas palabras:

«Amigo mio, hermano mio, mi Adolfo: hoy me bato y un terrible presentimiento me dice que sucum-

biré.... pero no importa, voy á confesartelo todo: aunque me encuentro en el momento de unirme á Eugenia, la mujer de mi elección y el ángel de mis ilusiones, no tengo miedo á la muerte y casi la deseo; porque este enlace, que me haria el mas venturoso de los mortales, me condenaria tambien á un dolor eterno. He admirado tus sacrificios y tu generosidad, y te doy mil gracias, mi noble hermano! Si muero, deseo que Eugenia sea tu esposa.... Cásate con ella! te lo suplico como un favor.... te lo prescribo como un deber!»

Nada se dijeron despues de la lectura de esta carta. Eugenia estendió su mano á Adolfo, que la estrechó con ardor á su corazon palpitante, y los deseos de Carlos quedaron satisfechos. Unidos para siempre delante de Dios y los hombres, se retiraron acompañados del señor Derval y Eduardo, que vino á buscar en su amistad un descanso á sus trabajos y afanes, á una pequeña casa de campo de la ciudad de S. Mandé, distante pocos pasos de la tumba de Carlos; y no se pasa un solo dia sin que váyan á pedir per él, y á regar con sus lágrimas las flores de la tumba del desgraciado.—I. G.



ORIENTAL.

Derrama el astro de amores
sus fulgores

en matizado verjel,
y el céfiro bullicioso
roba ansioso
el aroma del clavel.

Entre guijuelas de oro
va sonoro
el arroyuelo jentil,
y como sierpe de p'ata
se dilata
por el ameno pensil.

En su márgen la sultana,
que engalana
con sus gracias el haren,
en el seno del que adora,
seductora,
reclina la ebúrnea sien.

Su largo trage de nieve
brisa leve
ajita, y el rojo schal,
salpicado de esmeralda,
nivea espalda
celoso oculta al mortal.

De sus cabellos dorados
y rizados
desciende de claro azul
con recamos de rubies
carmesies

flotante velo de tul.

Lindo mancebo se mira
que suspira
entre sus brazos de amor,
y de este modo á la mora
cual la adora
la repite seductor:

«Esclavo me hizo la suerte,
mas al verte
doble cadena arrastré;
si, Zulima bella y pura,
tu hermosura
frenético al punto amé.»

«Yo soy Duque, y en Castilla
la rodilla
el pueblo dobla ante mí,
tengo alcázares de oro,
y un tesoro
si me sigues, para tí.»

«Perlas, schales y joyeles
cuanto anheles
tendrás, muger celestial,
y brillará en tu alba frente
refuljente
una corona ducal.»

«Calma, hermosa, mi martirio,
con delirio
te adora mi corazon;
ven, no tardes, á mis brazos,
dulces lazos
de amor y ventura son.»

«Cuando contemplo de hinojos
de esos ojos
el dulcísimo mirar,
al cielo demando impio,
dueño mio,
á tus plantas espirar.»

Estampa ardiente el cristiano
en la mano,
que Zulima abandonó,
un beso, y de viva grana
la sultana
sus mejillas matizó.

Veloce cual rayo ardiente
de repente
lanzóse airado el Sultan.

«¡Muere, exclamó, nazareno!»
y en su seno
hundió un agudo puñal.

Un ay! se escuchó, y la hermosa
congojosa
¡piedad! ¡piedad! murmuró;
el jardin embalsamado,
ya vengado
el Sultan abandonó.

Y entre guijuelas de oro
va sonoro
el arroyuelo jentil,
y como sierpe de plata
se dilata
por el ameno pensil.

Eugenio Sanchez de Fuentes.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

Una tertulia de confianza.

Poco tiempo despues de mi llegada á una capital de provincia, y atravesando un dia, por mi buena ó mala suerte, una de sus principales calles, iba distraido con la curiosidad, hasta cierto punto disculpable, de todo forastero, cuando oigo una voz estentórea que me grita desde la acera opuesta: «¿qué es eso, voto vá Sanes, tu por aquí?» Yo nada respondí, porque hay preguntas, y una de ellas es esta, que no necesitan contestacion. Vuelvo los ojos al sitio de donde salió la voz *interrogante*, al tiempo que me estrecha fuertemente en sus brazos un antiguo amigo mio, de cuyo nombre no necesitan mis lectores, ni yo tampoco, para proseguir este artículo. Nos congratulamos por habernos encontrado uno y otro: recordamos, como compañeros de *glorias y fatigas*, muchas de nuestras pasadas aventuras, y mi amigo juró no separarse de mi lado los pocos dias, que segun le dije, habia pensado permanecer en aquella ciudad. Desde allí fuimos á recorrer varias de las notabilidades de la poblacion, y ya estábamos de vuelta de nuestro paseo, cuando me dijo poco antes de separarnos: quisiera merecerte un favor y es que esta noche sin falta me acompañases á mi reunion cuotidiana, á casa de la familia de un rico propietario de esta capital, que estoy seguro te amenizará el poco tiempo que vas á estar entre nosotros. Es lo que se llama verdaderamente una tertulia de *confianza*; nada de ese tono enfático, de esa *hipocresia social* á que nunca hemos sido afectos. En fin yo espero que me acompañarás esta noche. Fueron tales y tan repetidas las instancias, que me fué imposible resistir, y quedamos en reunirnos despues para ir juntos á casa de la familia del propietario, en cuya apologia apuraba mi amigo los quilates de su elocuencia. ¡Una tertulia de confianza! (decia yo para mí) es cuanta felicidad pudiera haber encontrado. Durante la comida recordaba los elogios que habia prodigado mi amigo á su tertulia, y ya me figuraba junto á un jóven ilustrado: ya el blanco de las elocuentes miradas de una niña de quince años; últimamente revolvía en mi imaginacion todos los placeres, todos los encantos de que es susceptible una buena sociedad, cuando de pronto siento abrirse la puerta de mi cuarto y aparecer en ella á mi amigo, suplicándome que no me detubiese en cumplirle mi promesa: aun todavia no habia oscurecido, y no pude menos de reirme por tan diligente actividad. Poco tardamos en salir á la calle, y en hallarnos en la escalera de una casa principal, á cuyo extremo dió mi amigo dos ó tres fuertes campanillazos en señal de su inalterable *franqueza*. Como en la casa del propietario afortunadamente no eran sordos, no tardamos en vernos en un dilatado corredor, adonde nos llegó el vago ruido que producía un conjunto de voces, entre las que se oía bien claramente el nombre de mi amigo, este me hizo rotar lo que ya habia producido su tardanza, y sin mas demora entramos en la sala. Varias personas se pusieron de pié á nuestra vista, y con aire de triunfo anunciaron á mi conductor haberle ganado la *palmeta* por aquella no-

che. En un rincon de la sala, armado de sus enormes gafas, devoraba con la vista las columnas de un periódico el dueño de la casa, el señor don Calcedonio, que sin cuidarse mucho de la entrada de un extraño seguia inalterable en la lectura, que segun el afán del pobre viejo, debia ser interesante. Nos dirijimos sin perder tiempo á una señora de estremada obesidad, que se hallaba á la sazón arrellanada en su poltrona, y cuyo aspecto menacal revelaba á primera vista el *despotismo femeníl*, que ejercia sobre su esposo don Calcedonio.

Mi amigo hizo los ofrecimientos de *cajon*, que le estaban encomendados, al mismo tiempo que yo emprendí con doña Liboria ese *escopeteo* de cumplimientos insulsos, inventados por una sociedad hipócrita y corrompida, los que desfiguran malamente cierta especie de *señoras mayores* con su charla irresistible, y á los que daba un barniz ridículo doña Liboria, *cara mitad* de don Calcedonio, con el agrado de una mentida satisfaccion. De todo lo cual resultó que doña Liboria me ofreció *verbalmente* su casa, y yo por lo que pudiese *tronar* tube á bien ofrecerle en cambio mi *inutilidad*, que es el ofrecimiento mas tonto y menos comprometido de todos los ofrecimientos del mundo.

Danzaba entre los tertulianos un *quidam*, en cuyo escámen nos detendremos por lo bien que ha de estar en lo sucesivo conocer suficientemente á este personaje.

Pepito, (que este era el nombre de nuestro *protagonista*) era un tipo orijinal, un ente de razon, una quimera *personificada*. Era Pepito de figura raquítica y de voz atiplada: apenas contaba veinte y ocho años y ya sus dientes y cabello *anónimos* revelaban su complecion y la huella de los padecimientos y de los trabajos; en una palabra Pepito era una notabilidad en su clase: complaciente con todos hasta lo sumo, y de altas pretensiones, se separaba en cierto modo de los hombres de su *calaña* que hormiguean en sociedad, de esos que solo aprenden á despreciar á los demas por lo que saben, y á amarse á sí mismos por lo que ignoran; no: Pepito no era de estos, Pepito habia entendido que necesitaba saber para ser verdaderamente un *hombre de sociedad*, y Pepito llegó á tener la desvergonzada presuncion de creerse capaz de *aprender algo*. Era (segun entendí despues) el *abastecedor general* de versos en todos los *ambigús*, muertes y casorios de los tertulianos de casa de don Calcedonio. Pepito en fin era el bufon y el *dije* de la tertulia, donde era atendido por muchos con alegria, aunque por algunos con empacho.

Mi amigo apenas cumplió con su *mision* se fué al rincon opuesto de la sala, donde ya le esperaba impaciente una niña rubia, de ojos azules, y una *señora de edad*, su presunta suegra, complemento del terceto que probablemente guardaria los placeres, que me habia ponderado, pero que yo en vano me esforzaba por encontrar.

Multitud de parejas, independientes las unas de las otras, como si no se conociesen, compuestas de tertulianos y tertulianas alternativamente, rodeaban una gran mesa circular, y disfrutaban cada una á su modo de las delicias del vendado niño en ese *aistamiento amoroso*, que es la sal y pimienta de las tertulias de confianza.

Al lado de Carlota, la señorita de la casa, pugnaba con su destino un ciudadano envuelto en su pañot, que

con sus grotescos ademanes y con sus dos cejas unidas, á manera del *Judio errante*, dejaba ver un carácter místico y despótico avasallado por el amor, tal vez por razones superiores á la inteligencia de los *profanos*. Mas allá un subteniente de milicias enamoraba con calor á una morena de ojos negros, encareciéndole su hoja de servicios y alegando como causa de sus próximos ascensos los rumores de trastornos civiles y su correspondencia clandestina con los *clubs* revolucionarios, con lo que habia llegado á ocupar *militarmente*, y á poner en *estado excepcional*, el corazón de la pobre muchacha.

Estas y otras parejas del mismo *jaez*, aunque al parecer estaban con la mas absoluta separacion, formaban no obstante por debajo de la mesa un conjunto tal con las piernas, que cualquiera hubiera dicho ser una cosa misma. Distraido estaba yo con los *misterios* de que pudiese la mesa ser encubridora, cuando vino á sacarme de mi abstraccion la voz antipática de Pepito, brindándome con un asiento á su lado, y con su conversacion, que yo no pude menos de calificar como el mayor de mis tormentos.

Mi enemiga estrella, que se gozaba aquella noche en atormentarme, me colocó entre doña Liboria y Pepito, porque Pepito es de esa especie de hombres á quienes no es tan fácil como parece desairar. No bien me hubé sentado cuando recibí un *pisoton de inteligencia* que Pepito dirigia á algun *pie incógnito* poco distante del mio, y al que me añadió por lo bajo un «V. dispense» que impuso al momento en tan donosa equivocacion á doña Liboria, poniéndola como un ascua y haciéndola agitar con fuerza el abanico. Levanté involuntariamente los ojos en el momento en que Don Calcedonio leía en sus diarios las *afecciones astronómicas* del dia anterior; y como agitado por un vértigo infernal, me pareció que se le erizaba el cabello, á manera de promontorios, y la barba le crecía prodigiosamente hasta la cintura. Horrorizado volví los ojos de tan temible vision, cuando mi amigo, acordándose de que tenia allí una víctima espiatoria de su credulidad, quiso interesarme en una conversacion general, y para ello propuso á la asamblea se continuase la discusion pendiente del dia anterior sobre la eleccion de la comedia que habia de ejecutarse, añadiendo no se debian usar conmigo *cumplimientos* por ser yo muy aficionado á la *franqueza*.

El lenguaje extraño por cierto de mi amigo, es prueba bastante de que no estaba en antecedentes; y yo tal vez le hubiera pedido explicaciones sobre la palabra *cumplimientos*, á ser esta fruta algo mas conocida en la tertulia de don Calcedonio. Por último no tardé en imponerme se trataba de ejecutar una comedia de aficionados, y que se iba á proceder á la eleccion, circunstancia que me hizo ver el *cielo abierto*, porque si es verdad que hay comedias peores que las tertulias, tambien es verdad que hay tertulias peores que las comedias.—(Se concluirá.)

Po. Garcia.

CRÓNICA.

Segun tenemos entendido la Sociedad filarmónica-

dramática de esta ciudad prepara una brillante funcion para el martes próximo, en la que tomarán parte la seccion filarmónica, la dramática y la literaria. Mucho sentimos no admirar esta vez los trabajos de la seccion de artes, que desde la funcion anterior nos ha dejado los mas agradables recuerdos.

— El *Liceo de Badajoz*, periódico acreditado de aquella capital ha dejado de publicarse por acuerdo de la junta directiva del Liceo.

— En Valladolid se ha empezado á publicar un semanario de literatura, titulado *Aurora boreal*.

SOCIEDAD LITERARIA SEVILLANA.

Tenemos á la vista el programa de una sociedad que con este título acaba de establecerse en Sevilla por varios jóvenes distinguidos de aquella capital, cuyo laudable objeto será promover sus propios adelantos y la afición del público á la literatura. Las obras que segun nuestro correspondal se hallan en prensa, y que conocerán oportunamente nuestros lectores, bastarán por sí solas á dar un nombre á la Sociedad.

Los individuos que hoy la componen son:

DIRECTOR: D. José Maria Gutierrez y de Alba.—SÓCIOS. D. Emilio Bravo.—D. Rafael Garcia Anton de Lovera.—D. Engenio Sanchez de Fuentes.—D. José Nuñez de Prado.—D. Enrique Cisneros y Nuevas.—D. Juan N. Justiniano.

Amigos nosotros como el que mas de esta especie de corporaciones damos la mas cordial enhorabuena á la *Sociedad literaria Sevillana*, al mismo tiempo que nos congratulamos por la parte que hayan podido tener en su formacion algunos de nuestros apreciables colaboradores.

REVISTA TEATRAL.

El domingo anterior se repitió la comedia titulada *Espanoles sobre todo*, de la que ya hicimos el juicio crítico en otra ocasion.

El martes se puso en escena la comedia titulada *Los niños espósitos*, á beneficio de la casa de Maternidad. Nada sino el objeto á que se dedicaba encontramos en ella digno de elogios. Nada diremos de la ejecucion; cuando la comedia es tan mala como esta de que nos ocupamos, son de todo punto inútiles los esfuerzos de los actores.

Una numerosísima concurrencia ocupaba todas las localidades, gracias al celo filantrópico de la Sociedad de señoras que sirve de amparo tutelar á aquel establecimiento, asilo triste de la horfandad y de la desgracia. Se concluyó la funcion con la lindísima comedia en un acto, *Por no escribirle las señas*, llena de chiste y de bellas situaciones cómicas. El señor Pacheco estuvo bastante bien en la parte que le estuvo encomendada. Quisiéramos que en las comedias de costumbres tubiese el señor Benót un poco de mas naturalidad.